ORTEGA y FRIAS

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

LECTURA SEMANAL POPULAR

AÑO 1 NÚM. 5 — 1 DIC. 1925 — PRECIO: 10 CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscriciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN:

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Resumen de lo publicado en los números anteriores:

Querubín, joven de veinte años, arrogante y gallardo, ama a María, hija del poderoso comendador don Pedro de Saavedra, y es correspondido por ella.

El orgulloso comendador se opone y persigue implacablemente a Querubín, porque quiere casar a su hija con don Leandro de Sandoval, hijo de los condes de Rocanegra.

Querubín ignora quiénes son sus padres. Vive pobremente con su protector, don Godofredo de Guevara, hidalgo arruinado y hombre de gran corazón, que le re-

n. 1412

Juan, pues sus mismos padres ignoraban lo que de él había sido, y en semejante situación, el conde de Rocanegra presentóse a solicitar la mano de Margarita.

Tenía treinta años el conde; había sido muy borrascosa su juventud, y había derrochado una buena parte de su patrimonio; pero ya parecía fatigado de su agitada vida; mostrábase arrepentido de todas sus calaveradas y afanoso por vivir sosegadamente siendo un buen padre de familia.

A estos propósitos había que añadir la circunstancia de su elevada posición y su gran influencia, y el padre de Margarita creyó que su deber era aceptar.

Ella se opuso, fundándose, ya en sus pocos años, ya en que ninguna inclinación sentía hacia el conde; pero estos razonamientos no fueron escuchados.

Estrechada cada vez más, viose al fin obligada a declarar su amor; pero el intransigente padre la dijo que no pensase en semejante cosa, porque era lo más probable que don Juan de Monzón hubiese muerto, y si no se había muerto, ya se habría olvidado de ella.

En vano suplicó Margarita.

—Lo mando—le dijo su padre.

Y la desgraciada joven se vio en la alternativa de obedecer o de producir un escándalo.

Se casó, pues, con el conde, y aquella misma mañana le entregaron secretamente una carta de don Juan.

Éste vivía; estaba más enamorado que nunca, y abrigaba la esperanza de arreglar bien sus asuntos y volver muy pronto a su querida patria.

La carta había llegado tarde.

Lo que sintió Margarita no puede hacerse comprender.

En el trastorno de su desesperación, tomó la pluma, escribió a don Juan participándole su casamiento y diciéndole que lo amaba como siempre, aunque su de-

ber era olvidarlo, y, por consiguiente, haría muy bien en no volver a España.

Cuando le fue posible, reflexionó la joven.

Convencióse de que era forzoso aceptar la situación.

Ya se había casado, y quería, ante todo, cumplir sus deberes de esposa.

No amaba al conde; pero su obligación era hacerlo dichoso.

Tenía que fingir, y fingiría, pues mientras su esposo la amase, ella debía representar el papel de mujer enamorada y tierna.

Muchas envidiaron la fortuna de Margarita.

La veían sonreír, y no sospechaban que tenía destrozado el corazón.

La desdichada guardó el secreto de su amor fatal: sonreía y aseguraba que era la criatura más feliz del mundo.

No hay que decir que sus sonrisas eran encubridoras de mortales dolores.

¡Cuánta amargura había en su alma!

Su conciencia también le hacía sufrir, porque el conde le daba sin cesar pruebas del más tierno amor.

Ella no podía corresponder, y esto le parecía un crimen; pero todos los esfuerzos de su voluntad habían sido completamente inútiles para olvidar a don Juan de Monzón, para entibiar siquiera la devoradora llama de la pasión encendida por éste.

Por lo contrario, el tiempo y la ausencia encendían más y más aquel amor, como si el imposible produjese el mismo efecto del soplo que aviva la llama.

Margarita tuvo un hijo.

Un año después cambió de conducta el conde.

Parecía echar de menos su antigua vida, y olvidándose de toda clase de consideraciones se entregó nuevamente

a los desórdenes que en otro tiempo le habían dado una triste celebridad.

Cuando esto se supo, creyeron todos que la condesa iba a sufrir mucho; pero se equivocaron, pues, por de pronto, su conciencia dejó de atormentarla.

Si su esposo dejaba de amarla, ella tampoco tenía la obligación de dedicarle toda su ternura.

Otro año pasó, y el conde, más extraviado que nunca, se hizo hasta brutal.

Margarita tuvo que sufrir lo que nunca había sufrido.

Muchas noches su esposo las pasaba fuera de su casa en repugnantes orgías.

Sintió ella herida su dignidad de señora.

Empero tampoco se quejó, sino que, por lo contrario, aseguró que era tan dichosa como siempre.

Dio esto lugar a que muchos se atreviesen a galantear a la condesa; pero ella rechazó a los importunos galanteadores, probando así que no era de esas mujeres que creen justificar sus faltas con las que cometen sus maridos.

De las virtudes de Margarita hiciéronse entonces grandes elogios, y ella siguió representando el más brillante papel en la sociedad.

Ofreciéronle al conde el virreinato de Méjico, y sin vacilar aceptó, emprendiendo el viaje y dejando a su esposa en Madrid.

La fortuna del conde había menguado considerablemente, y así pensaba rehacerla.

Margarita quedó con su hijo, y desde aquel momento no pensó más que en la suerte de éste.

Dos años transcurrieron sin que el conde hubiese escrito a su esposa más que una carta; y durante este tiempo consiguió don Juan de Monzón que perdonase la familia de su difunto adversario y que se le concediese un indulto.

Volvió a Madrid, y, enamorado como siempre, y aun más que nunca, quiso que Margarita correspondiese a su amor.

Resistióse ella a escuchar a don Juan, y en tanto que esta lucha sostenía, llegó al Gobierno la noticia de haber enfermado muy gravemente el conde.

La comunicación en que esto se participaba, añadía:

«Cuando la presente llegue a Veracruz, habrá dejado de existir el ilustre conde, porque en estos momentos se le administra la Extremaúnción.»

No fue menester más para que cundiese la voz de que el conde había muerto.

Quiso saber la verdad Margarita, y los ministros, como no abrigaban esperanza, le aconsejaron que se resignase con lo que Dios había tenido por conveniente disponer.

Esta serie de circunstancias produjo el peor de los resultados.

Muchas cosas no se explican porque no se tiene en cuenta que un conjunto de pequeñeces es lo que siempre engendra los grandes sucesos.

Doña Margarita y don Juan se creyeron completamente libres, y esta creencia les hizo olvidarse de lo que a todas horas debían tener presente.

Otra vez Margarita comprendió que iba a ser madre.

¿Qué le importaba, si ya podía ser esposa de don Juan?

Esperó afanosamente la llegada de los documentos que debían justificar su viudez.

El buque donde se suponía que aquellos documentos venían naufragó.

Pidiéronse otra vez, y en tanto el tiempo pasaba.

Con algunos criados de su confianza se ausentó de Madrid la condesa, evitando así que nadie se apercibiese de su estado.

Ella y su amante contaron los días y hasta los minutos con indescriptible afán; pero no podían detener el curso del tiempo.

El momento terrible llegó.

Margarita fue madre.

Había que poner a cubierto su honor.

Tan sigilosamente se arregló todo, que nadie se apercibió del suceso; y una noche don Juan atravesaba las calles de Madrid llevando en brazos a su hijo, y en la diestra la espada desnuda.

El recién nacido fue confiado a una mujer muy honrada.

Al día siguiente se decía en Madrid:

El conde de Rocanegra no ha muerto, y se encuentra en Vigo, adonde ha llegado con la flota de Indias.

Así era verdad; el conde había recobrado la salud, y creyendo que le era perjudicial el clima de Méjico, se volvió a España.

La noticia fue inmediatamente enviada a Margarita.

Don Juan de Monzón supo también lo que todo el mundo sabía.

En pocas horas cambiaba, pues, la situación.

La desdichada esposa no tenía más que algunos días de término.

Sin embargo, esto era lo de menos para ella.

¿Qué sería de su hijo ?

Cuando le dieron la noticia de que vivía su esposo, esperó afanosamente a don Juan; pero éste no se presentó.

Al día siguiente sucedió lo mismo.

¿Por qué don Juan no iba a verla ?

¿Qué había hecho del hijo de sus entrañas ?

La infeliz no lo sabía.

Ocho días pasaron, y la condesa volvió a su casa de Madrid.

Quiso saber lo que había sido de don Juan de Monzón, y lo averiguó fácilmente, pues apenas pronunció su nombre, le dijeron:

—Ocho días hace precisamente que fue herido a media noche en la calle de Puertacerrada, y se encuentra entre la muerte y la vida.

Quiso conocer la condesa los detalles de aquel suceso.

Nada tenían de particular, pues había sido un encuentro con ladrones, lo cual entonces era muy frecuente en Madrid.

¿Y el niño ?

Nadie hablaba de ninguna criatura.

Lo que sintió Margarita no es fácil comprenderlo.

Dos días pasó anonadada por el dolor.

Al tercero pensó que, ante todo, debía cumplir sus deberes de madre, y quiso arrostrar todos los peligros, yendo a la vivienda de don Juan.

Esperó a que llegase la noche, y sencillamente vestida y envuelta en un ancho manto, disponíase a salir con su doncella de confianza; pero en aquel instante resonaron grandes golpes dados a la puerta de la casa, y pocos minutos después se oyó decir:

—¡El señor conde!

Margarita dejó escapar un grito desgarrador.

Arrojó lejos de sí el manto, y salió de la estancia para recibir a su esposo.

La infeliz hacía sobrenaturales esfuerzos para sostenerse.

Se movía maquinalmente.

Tan aturdida estaba, que le parecía un sueño lo que sucedía.

Con el rostro lívido y descompuesto se presentó al conde.

Éste la miró, soltó una carcajada burlona y exclamó:

—¡Vive el cielo!... Estáis vestida de negro, como

conviene a una viuda... Bien, muy bien: eso me halaga; pero no sé si por desgracia o por fortuna, Dios ha querido conservarme la vida, y aquí me tenéis para vuestra dicha o vuestro tormento, pues todo es posible.

Estas frases, que pudiéramos calificar de groseras en aquella situación, devolvieron a Margarita el sentimiento de la realidad, y fijando en su esposo una mirada profunda, dijo:

—Bien venido seáis, caballero.

—Por de pronto podéis despojaros del luto, pues al regresar vuestro marido, después de larga ausencia, debéis vestiros de gala.

—Mañana me veréis sonreír.

—Ahora tengo que privarme de esa satisfacción, porque estoy muy fatigado y necesito descansar.

—Hacedlo en buen hora.

El conde fue a su cámara, y aunque ya aquella noche no debía ver a su esposa, ésta no se atrevió a salir.

Ya le era imposible poner en práctica su atrevido plan.

El conde tuvo por conveniente renovar la servidumbre de la casa, y la condesa se vio privada de los servicios de los criados en quienes antes había podido depositar su confianza.

Aprovechando todas las ocasiones, averiguaba el estado de don Juan, y siempre sabía que éste continuaba muy grave, y que de su existencia no se atrevían a responder los médicos.

Don Juan recobró, por fin, la salud; pero la más negra fatalidad lo perseguía, y apenas puso el pie en la calle, una cuestión de honra le obligó a batirse.

Quedó su adversario tan gravemente herido que se creyó había de morir, y por segunda vez Monzón tuvo que ausentarse, huyendo de la justicia.

Lo que le sucedió nadie lo supo.

Mucho tiempo pasó sin que volvieran a tenerse noticias del caballero.

Margarita pensaba a todas horas en el desgraciado hijo de su debilidad; pero nada le era posible hacer para encontrarlo.

¿Qué había sido de la tierna criatura?

Sólo Dios lo sabía.

Nosotros lo sabemos también, y podemos decir que el niño se encontraba en una casa de la plazuela del Alamillo, lo cual habrán adivinado nuestros lectores.

Diez años pasaron antes de que don Juan volviese a Madrid sin temor de que lo persiguiese la justicia.

¿Por qué no lo había hecho antes, o al menos había escrito a sus amigos?

La razón de todo esto la conoceremos después.

El primer cuidado de don Juan fue buscar a su hijo, pero, fuese torpeza o desgracia, no lo encontró, y después de dos años de inútiles pesquisas, tuvo que dejar al tiempo y las circunstancias lo que para él era imposible.

Tuvo alguna entrevista con la condesa; pero no se ocuparon entonces de su amor, y ella también hubo de resignarse a esperar, convenciéndose de que era imposible hacer más de lo que Monzón había hecho para encontrar al desgraciado niño.

Éste no fue olvidado; pero el tiempo contribuye mucho para la resignación, y lo mismo Margarita que don Juan acabaron por resignarse.

De nada se había apercibido el mundo, y una sola persona conocía aquel secreto.

Esta persona era el comendador.

El honor de la condesa había quedado a salvo, y era siempre la misma su envidiable reputación de mujer virtuosa y de esposa tierna. ¡Empero cuánto sufría!

Seguía fingiendo, representando su papel, y no era po-

sible que nadie comprendiese lo que le costaba el fingimiento.

El conde continuaba lo mismo que siempre. Su vida era una serie no interrumpida de desórdenes criminales, y ya ni siquiera se tomaba el trabajo de disimular.

En cambio, don Juan de Monzón vivía casi retirado del mundo, entregado a sus tristísimos recuerdos, dejando que el tiempo pasase y esperando que la muerte pusiese fin a su dolorosa existancia.

Con estos antecedentes puede empezar a comprenderse ya la situación horrible de la madre de Leandro.

¿Hemos exagerado al decir que era una mujer desgraciada como pocas lo han sido ?

Y para que nada faltase a su sufrimiento, veíase ultrajada por su esposo y aun no se había extinguido la llama de su amor.

Debemos suponer que don Juan, a pesar del tiempo transcurrido, amaba también a Margarita.

Nos falta saber cómo el comendador pudo llegar a conocer aquel secreto tan bien guardado y del que dependía el honor de la esposa del conde.

Al dar explicaciones sobre este punto, apreciaremos con toda exactitud las cualidades morales del padre de María.

CAPÍTULO XIII

La confesión

Cuando don Juan había dejado a su hijo en manos de la honrada viuda y se retiraba a su casa, viose acometido por tres hombres que querían robarlo.

No era el señor de Monzón de los que se entregan fácilmente, y aunque la lucha debía ser desventajosa para él, hizo uso de la espada y se defendió.

A los pocos minutos cayó gravemente herido, y los ladrones huyeron, porque oyeron los pasos de una ronda que se acercaba.

Fue don Juan socorrido y llevado a su vivienda.

A la mañana siguiente la fiebre tenía trastornada su razón, y no pudo ocuparse de enviar ningún aviso a Margarita.

Dijeron los médicos que la herida era grave, y él mismo lo comprendía así.

Cuando pudo ocuparse de su situación, encontróse con que no lo rodeaban más que criados, a los que no podía prudentemente revelar su secreto.

Tal vez se iba a morir, y su hijo quedaría en el más horrible abandono.

Esto pensaba cuando por casualidad le dijeron que el conde de Rocanegra vivía, y que muy pronto debía volver a Madrid.

Creyó don Juan que debía poner a su hijo a cubierto de la desgracia, y decidió al fin confiar su secreto a una persona que supiese guardarlo, y que en caso de necesidad hiciese lo que exigía el porvenir de la inocente criatura.

Muchos amigos tenía don Juan de Monzón. Pensó en todos ellos; pero a ninguno quiso darle a conocer la deshonra de Margarita.

Después de mucho cavilar, decidió depositar el secreto en un anciano y virtuoso sacerdote que siempre había sido su confesor.

Entre los amigos más íntimos de don Juan contábase el comendador, que acudió apenas tuvo noticia de que aquél había sido herido, y aun pasó alguna noche junto al lecho del enfermo.

Por esta razón entraba en la vivienda de don Juan sin ceremonia alguna, y por los criados de éste era aquél respetado como su propio señor.

Las nueve de la mañana habían dado cuando el señor de Monzón dispuso que se avisase al anciano sacerdote, porque quería confesar, a cuya determinación nadie se opuso, pues, sobre ser muy cristiana, los médicos no se atrevían a responder de la vida del herido.

Encontrábase allí el comendador, y salió del dormitorio cuando se presentó el sacerdote.

Ocupáronse los criados en las faenas domésticas, y entretanto el falso amigo, impulsado por una curiosidad criminal, hizo el siguiente razonamiento:

—Hay en la vida de mi amigo Monzón misterios que nadie ha podido descubrir, y particularmente, desde hace un año su conducta es muy extraña, pues con frecuencia se le ha visto desaparecer, y todos hemos advertido en él una preocupación que nadie acierta a explicarse. ¿Por qué no he de averiguar lo que quizá puede servirme algún día? La ocasión se me presenta, y si la dejo pasar no encontraré otra.

Hechas estas reflexiones, y sin perder un instante, dió algunos silenciosos pasos el comendador.

Encontrábase solo.

Ningún criado se presentaría si él no llamaba.

¿Qué debía temer?

Miró a su alrededor, desplegó una sonrisa y se acercó a una puerta cerrada únicamente por una cortina.

En la habitación inmediata estaban el enfermo y el sacerdote.

Reinaba en toda la casa un silencio absoluto, y, por consiguiente, debía percibirse el ruido más leve.

Inmóvil como una estatua quedó el comendador, y fácilmente llegaron a sus oídos las palabras que pronunciaba el moribundo.

Éste, ante todo, había querido ocuparse del asunto que tanto la interesaba, y había empezado a referir la triste historia de sus desgraciados amores.

Apenas pronunció el nombre de doña Margarita de Solís, contrájose la frente del comendador, que dijo para sí:

—¿Qué significa esto?... ¡Oh!... Ahora más que nunca me alegro haber adoptado la resolución de escuchar.

Y, efectivamente, con más afán que nunca escuchó.

Hablaba don Juan como al confesor se habla, sin ocultarle ninguno de sus sentimientos, ni el más leve detalle de la historia que refería.

Interrumpíase de vez en cuando para recobrar el aliento, porque sus fuerzas eran muy escasas.

El relato tenía mayor interés cada momento para el comendador, y en su semblante se revelaban sus impresiones. Jamás hubiera sospechado lo que oía.

¡La condesa enamorada de don Juan!

Esto nadie lo hubiera creído.

Y una criatura había sido el fruto de aquella pasión y debía ser el testimonio de la deshonra de la condesa.

Tanta importancia tenía el secreto, que el falso amigo tembló más de una vez.

Tuvo un buen instante en que quiso separarse de la cortina para no escuchar; pero no lo hizo, porque creyó que la falta que cometía era enteramente igual conociendo la historia completa o a medias.

Si había principiado, debía concluir.

¿Qué importaba que él conociese aquel secreto si sabía guardarlo?

Así discurría el comendador para tranquilizar su conciencia.

Y entretanto el noble don Juan continuaba el relato de sus amores, y suplicaba al anciano sacerdote que se ocupase de la suerte del desgraciado niño, poniéndose en relaciones y de acuerdo con la condesa.

Aprovechó sus últimas fuerzas don Juan para decir que otorgaría testamento incondicional en favor del sacerdo-

te, para que así éste pudiera luego transmitir toda su fortuna al hijo de la condesa.

Una hora después la confesión había concluído.

El comendador se separó de la puerta, y con paso vacilante se dirigió a otro aposento.

Su rostro estaba pálido.

Sentíase agitado profundamente.

¿Por qué ?

No hubiera podido decirlo.

Oía la voz de su conciencia que lo acusaba. Después de haber satisfecho su curiosidad, arrepintióse de haber escuchado; pero el arrepentimiento era ya tardío, porque no podía olvidar lo que acababa de oír.

Más que nunca fue firme su deseo de guardar aquel secreto.

Dejóse caer en una silla y se pasó las manos por la frente.

El miserable no debía tardar en recobrar la calma.

Veinte minutos después salía el sacerdote. Estaba muy conmovido y aun se veían en su venerable rostro las señales de algunas lágrimas.

No podía sospechar el anciano que el secreto que se había confiado a su escrupulosa conciencia era ya conocido por el comendador. Tampoco era posible que sospechase semejante cosa don Juan de Monzón.

El sacerdote se dejó caer en una silla, exhaló un suspiro, y como si hablase para sí, y se refiriese al moribundo, dijo:

—Es un gran corazón; pero... ¡Dios mío!

Inclinó sobre el pecho la cabeza, cerró los ojos, cruzó las manos y quedó inmóvil.

El falso amigo adivinó fácilmente lo que el sacerdote sentía.

Transcurrieron algunos minutos.

Por fin, el anciano levantó la cabeza y le dijo al comendador:

—Perdonad; pero estoy muy preocupado y sufro mucho, pues es una gran desgracia la muerte de nuestro amigo.

—Aun puede recobrar la salud, y abrigo la esperanza de que así sucederá, porque su organización es vigorosa.

—Los médicos no se atreven a responder de lo que sucederá.

—Pues a mí me parece que su estado no es tan grave como se ha creído.

—Quiera Dios que acertéis.

El comendador hablaba con la triste entonación que el caso requería, pero con perfecta calma, pues ya había conseguido dominar su agitación. Pocos minutos después se despidió y salió el sacerdote.

El comendador volvió al lado de su amigo.

Don Juan se revolvió en el lecho y dirigió al comendador algunas palabras cariñosas, concluyendo por decirle:

—Estoy más tranquilo y aun me parece que he recobrado algunas fuerzas desde que confesé.

—Dios escuchará nuestras súplicas.

—Es muy consolador el cariño que me demuestran todos mis amigos y hasta mis criados.

—No hacemos más que cumplir nuestro deber.

Don Juan guardó silencio por algunos minutos, y luego, aparentando indiferencia, preguntó:

—¿Qué hay de nuevo por la villa?

—Nada de particular; ya sabéis que volvió el conde de Rocanegra cuando se le creía en el otro mundo, y después de esto nada ha sucedido.

—Supongo que la condesa estará en Madrid.

—Se apresuró a volver para recibir a su esposo, aunque no tenía motivos para desear verlo.

—Si él continúa con sus extravíos de siempre...

—Lo mismo.

— ¡Pobre condesa!

No le pareció a don Juan oportuno llevar más allá la conversación.

Al día siguiente tuvo lugar otro triste suceso, pues el anciano sacerdote, al volver a su casa, púsose enfermo repentinamente, perdiendo el habla, y dejando de existir a las pocas horas.

Como era muy estimado por don Juan de Monzón, no se creyó prudente dar a éste la noticia, y solamente se le dijo que aquél estaba enfermo, justificando así la falta de sus visitas.

Otorgó don Juan testamento según había convenido con el sacerdote.

Una semana después empezó a mejorar el caballero; pero al otro día su estado se hizo doblemente grave.

El trastorno producido por la herida complicóse con una nueva enfermedad.

Reuniéronse casi todos los médicos que había en Madrid y se acudió a todos los recursos de la ciencia.

El señor de Monzón experimentaba con frecuencia trastornos que lo privaban del conocimiento por muchas horas.

Tres meses pasó en semejante estado.

No podía ocuparse de ningún asunto, pues apenas tenía conciencia de su propia vida.

Decíase que don Juan vivía por milagro, y la verdad es que los hombres de ciencia no acertaban a explicarse cómo se sostenía aquella débil existencia.

La vigorosa organización del caballero triunfó al fin.

Se advirtieron síntomas de alivio y pudo abrigarse alguna esperanza.

La muerte no amenazó ya tan de cerca.

Don Juan de Monzón pudo dejar el lecho; pero era un hombre completamente inútil.

Supo entonces que había muerto su confesor; pero si él podía vivir, ya no era tan transcendental semejante desgracia.

En los momentos en que se lo permitía el estado de su cabeza pensaba en su hijo; pero tenía ciega confianza en la honradez de la mujer a quien lo había confiado, y esto lo tranquilizaba.

Tampoco entonces se atrevió a confiar a nadie su secreto, ni siquiera a enviar a uno de sus criados para que averiguase cómo se encontraba la viuda.

Hacer esto hubiera sido dar ocasión para que se excitase la curiosidad de los unos o de los otros y se cometiesen indiscreciones, porque la curiosidad es mala consejera.

Una indiscreción podía costar muy cara.

Tratábase del honor de la condesa, y era preciso proceder con muchísima prudencia.

Creyó don Juan que de no ir a ver a la nodriza no resultarían otras consecuencias que encontrarse ella en algún apuro por falta de dinero, y esto se compensaría dándole después cien veces más de lo prometido.

Ni siquiera le ocurrió al caballero que la viuda podía morir, como había muerto el sacerdote.

La convalecencia de don Juan debía ser muy larga y penosa.

Ya sabemos lo que entretanto había de suceder en la plazuela del Alamillo.

Otros tres meses pasaron.

Aunque muy trabajosamente, pudo el señor de Monzón salir de su casa.

Quiso hacer averiguaciones; pero sus fuerzas no se lo permitieron, y, además, iba siempre acompañado de al-

guno de sus amigos y de sus criados, porque, en su estado de debilidad, no podía dejársele solo.

Le mandaron los médicos salir de Madrid para buscar el completo restablecimiento en la atmósfera pura del campo, y como otra vez se presentasen síntomas de una recaída, obedeció el caballero, abandonando la corte, adonde no pudo volver hasta después de dos años, pues durante este tiempo había permanecido algunos meses en la cama.

Parecía que don Juan estaba condenado a arrastrar una de esas existencias penosas que más o menos tarde terminan en la muerte; pero no sucedió así, y otro año después, y sin que los médicos se explicasen el cómo había sucedido, don Juan recobró completamente la salud y las fuerzas, y en pocas semanas se sintió vigoroso como nunca.

Pudo entonces ocuparse de su hijo y de la condesa.

Ya era tarde.

La viuda había muerto, y del niño no había quien diese razón.

¿Cómo había desaparecido la tierna criatura?

Era imposible que don Juan de Monzón se lo explicase.

Fácilmente pudo conocer la verdad por el caritativo señor de Guevara; pero, ya fuese torpeza o casualidad, no sucedió así...

Don Juan tuvo que darse por vencido.

Mucho sufrió; pero le era forzoso resignarse.

Tuvo secretamente algunas entrevistas con la condesa, y ésta también hizo cuanto le era posible hacer.

Mal que les pesase, dejaron ambos al tiempo y a las circunstancias la aclaración del misterio.

En medio de tan enorme desgracia tuvieron que considerarse afortunados, pues al menos se había salvado el honor de la esposa del conde, y ésta, como Francisco I

después de la batalla de Pavía, pudo decir que todo se había perdido menos el honor.

La condesa, ya lo hemos dicho, cumplió desde entonces con escrupulosidad sus deberes conyugales, pues nunca hubiera sido débil a no ser por la equivocada creencia de que había recobrado la libertad con la muerte de su esposo.

No; la madre de Leandro no era una mujer vulgar.

Mucho sufrió; pero devoró silenciosamente su sufrimiento.

Una falta había cometido, y la expiaba cruelmente.

Así quedó la situación.

En apariencia, el comendador no había vuelto a ocuparse de semejante asunto; pero tenemos motivos para creer que llegó su curiosidad hasta el último extremo.

Disponía, pues, de un arma terrible, arma de que no había tenido necesidad de hacer uso; pero cuando se trató del casamiento de Leandro, el comendador dijo para sí:

—La condesa hará todo cuanto yo desee; y si se opone, la colocaré en la alternativa de elegir entre su honor y mis proyectos de boda.

Esto no podía ser más ruin; pero el comendador era sobradamente capaz para ponerlo en práctica, pues su conciencia no había tenido nunca nada de escrupulosa, y, a pesar de los años transcurridos, parecía dormir aún.

Ahora es cuando se comprenderá perfectamente todo lo delicado y crítico y hasta horrible de la situación de la madre de Leandro. El comendador había creído llegado el momento de dar el golpe decisivo, y sabemos ya que su resolución era firme.

Lo dejamos camino de la morada de la condesa, y ahora vamos a seguirlo.

CAPÍTULO XIV

Entre la espada y la pared

Cuando por primera vez se habló de los proyectos de matrimonio entre María y Leandro, el conde de Rocanegra se encogió de hombros y dijo que todo le parecía muy bien, y que dejaba la determinación a su esposa y a su hijo.

Esta indiferencia no era sorprendente en quien apenas se cuidaba de su familia.

El comendador no necesitaba más, y consideró seguro su triunfo, pues tenía medios de obligar a la condesa, única persona de quien dependía la resolución.

Habló la pobre madre con su hijo.

Éste escuchó respetuosamente.

Su rostro se contrajo y palideció, sin que le fuese posible ocultar lo que sufría.

La condesa adivinó la verdad, y preguntó:

—¿Acaso esa unión te desagrada ?

—María es bella hasta lo ideal—respondió el joven—, y sobre ser bella, es un tesoro de virtudes. Nada puede exigirse tampoco a la nobleza de su cuna, y ha de heredar también cuantiosos bienes.

—De todo eso se deduce...

—Que no puede pedirse más, madre mía.

—Entonces...

—Pero todo esto lo dice mi cabeza.

—¿Y tu corazón ?

—No amo a la bellísima María, y sin amarla será imposible la verdadera felicidad, lo mismo para ella que para mí. Cuando el corazón se sacrifica a ciertas conveniencias o intereses, la criatura se condena a vivir horriblemente atormentada. Para la felicidad de un hombre no

es bastante que su esposa sea bella, virtuosa, noble y rica: se necesita algo más; es preciso que se interese el corazón, porque los lazos de verdadera ternura son los que jamás se rompen, y porque si el corazón no se interesa, queda en el alma un vacío, una necesidad que es absolutamente preciso satisfacer, y llega un día en que se busca la satisfacción, a despecho de todas las conveniencias y de la voluntad.

Nadie podía comprender esto tan bien como la condesa, puesto que ella había sido víctima del frío cálculo de su padre.

Leandro añadió:

—Y lo mismo que digo del hombre digo de la mujer, pues algunas conozco que son horriblemente desgraciadas por haberse casado con hombres de elevada posición, y serían felices si se hubieran unido por amor al último y más infeliz de los plebeyos. ¿Qué han conseguido esas desgraciadas? Representan en la sociedad un brillante papel; pero su vida es un tormento incesante.

La alusión era demasiado clara para que no la comprendiese la condesa.

No era posible que ésta condenase a su hijo a sufrir como ella sufría; no era posible que ella sacrificase y destrozase el corazón de aquel hijo adorado.

—Basta—dijo la pobre madre—; no necesito más explicaciones. Si no amas a la hija del comendador, no debes ser su esposo.

—Ella tampoco me ama, madre mía; puedo asegurarlo, porque el amor se revela en los ojos, y yo no lo he visto en los suyos.

—Pues si ella tampoco te ama, no debemos hacerla infeliz.

—¿Quién sabe si ya María no es dueña de su corazón? Su padre no se ha cuidado de averiguar semejan-

te cosa, cuando es lo primero que ha debido tener en cuenta.

—No se tiene noticia de que la hija de nuestro amigo ame aún.

—Nadie puede asegurarlo.

—Es verdad—dijo la condesa, pensando que tampoco habían sido adivinados sus amores con don Juan de Monzón—. Reflexiona, hijo mío, y decide lo que mejor te parezca; pero ten entendido que tu madre no ha de aconsejarte jamás que hagas el sacrificio de tu corazón en aras de mezquinos intereses o de absurdas preocupaciones.

—¡Cuán buena sois, madre mía!

—Te amo mucho y quiero tu felicidad. Noble o plebeya, rica o pobre, la mujer que yo quiero para ti es la que te ame y sea virtuosa, porque sólo con verdadero amor y virtud puede labrar tu dicha. Has de heredar una gran fortuna y no necesitas más riquezas; busca las del alma, que valen mucho más; y en cuanto a nobleza, la tuya es bastante para que ennoblecida quede tu esposa, sobre todo si ella tiene la nobleza del corazón.

Muy ajena estaba entonces la condesa de que tendría que verse en el caso tristísimo de aconsejar a su hijo todo lo contrario.

Al manifestar espontáneamente sus nobles sentimientos, se comprometía, colocándose para lo porvenir en una muy difícil situación.

De la determinación de Leandro nada tenemos que decir, puesto que la conocemos.

El conde de Rocanegra no se cuidó siquiera de averiguar lo que había determinado su esposa.

¿Qué le importaba?

Lo que él quería era que le dejasen en libertad completa para entregarse a los excesos de su vida borrascosa.

La condesa dijo al comendador la verdad de lo que sucedía.

Disimuló su disgusto el padre de María, y dejó pasar el tiempo, aguardando más propicia ocasión.

Así estaba el asunto cuando tuvieron lugar los sucesos que hemos referido en los primeros capítulos de esta historia.

Con el valor del que tiene la seguridad completa del triunfo entró el comendador en la suntuosa morada de los condes de Rocanegra.

El padre de Leandro había salido, y el comendador fue recibido por la condesa.

Tenía ésta cuarenta años; pero, a despecho del tiempo y de lo mucho que había sufrido, conservaba admirablemente su no menos admirable belleza.

Todavía sus encantos podían encender violentas pasiones, a pesar de la melancolía profunda en que siempre se veía sumida a la desdichada.

Entreabríanse sus labios para sonreír; pero su sonrisa aparecía impregnada de tristeza, y era muchas veces una sonrisa apenadora.

Claramente se revelaban en su semblente sus sufrimientos; pero el mundo no los había adivinado.

Encontrábase en un gabinete donde la luz no penetraba sino a través de espesas cortinas.

Hubiérase dicho que aquella infeliz mujer huía de la luz, del bullicio y del ruido; y es que las almas entristecidas buscan, sin darse cuenta de ello, todo lo que es melancólico, todo lo que está en armonía con sus sentimientos.

De mucho valor y de buen gusto eran los muebles y adornos del gabinete; pero en todo se revelaba allí la severidad, la tristeza y hasta el dolor.

Una gruesa alfombra de colores oscuros cubría el pavimento.

En la chimenea y entre un montón de cenizas humeaban algunos tizones.

En un rincón, y colocado en una caja de nogal, había un reloj, cuya péndola oscilaba sin cesar, produciendo el único ruido que allí se percibía.

Aquel reloj era quizá el mejor amigo de la condesa.

Muchas horas pasaba la infeliz sentada, inmóvil y sin que pudiera decirse dónde tenía fija la mirada.

Entonces parecía escuchar con atención profunda el tic-tac acompasado de la péndola del reloj.

Aquel ruido monótono le decía el tiempo que pasaba, contaba los instantes, instantes de agonía para la desgraciada madre de Leandro.

Algunas veces rodaban dos lágrimas abrasadoras por las mejillas de la infeliz.

Otras veces se contraían sus labios para sonreír con amargura desgarradora.

Y, sin embargo, aquella belleza singular no se marchitaba.

Nadie podía entrar en el aposento de la condesa sin pedir licencia para hacerlo.

Así evitaba ella que la sorprendiesen en los transportes de su dolor.

No quería que nadie adivinase sus sufrimientos, y nadie los había adivinado.

Su mirada profunda se fijó en el padre de María. Cruzáronse algunas frases corteses que no tenían ningún valor.

Quiso el anciano abordar desde luego la cuestión y terminarla en breve, y dijo:

—Señora, habréis de perdonarme si nuevamente os hablo de un asunto que al parecer os desagrada.

—No os comprendo—respondió la condesa con la dulzura con que hablaba siempre.

—Me refiero al matrimonio de nuestros hijos.

Por un instante se contrajo la frente de la condesa.

—No es ese—dijo—un asunto desagradable para mí; pero sí he creído que era un asunto terminado.

—No por mi parte, señora.

—Sabéis ya que, reconociendo las bellísimas y raras prendas que adornan a vuestra hija, Leandro no siente por ella otra inclinación que la de una sincera amistad.

—No es poco para que algún día se amen.

—Pero no es suficiente para que se unan con lazos indisolubles.

—Con vuestro permiso—dijo el comendador.

Y sacó una caja de oro, abriéndola y tomando un polvo de rapé.

Luego añadió:

—La situación es muy grave para mí.

—Sí, porque se trata de la suerte de vuestra hija.

—Hay algo más.

—No lo adivino.

—La juventud no discurre.

—Achaque de los pocos años es dejarse llevar de los impulsos del corazón—repuso la condesa.

Y desplegando una de sus encantadoras y tristes sonrisas, añadió:

—Verdad es que sobre ese punto me sucede lo mismo que a los jóvenes, y esto debe de consistir en que todavía no he llegado a la vejez.

—Yo soy viejo, señora, y, sin embargo, abrigo la esperanza de que nos entenderemos perfectamente.

—Ya nos hemos entendido, porque vos deseáis la felicidad de vuestra hija, que es lo mismo que yo deseo para mi hijo.

—Miramos la cuestión desde distinto punto de vista.

—Es posible, caballero.

—Vos, señora, juzgáis con el corazón y yo con la ca-

beza, y será preciso que vos os coloquéis en mi terreno y yo en el vuestro.

La insistencia del comendador empezó a desagradar a la dama, que con alguna impaciencia replicó:

—Caballero, nuestros hijos no se aman, no quieren casarse, y es preciso renunciar a esa boda, que yo hubiera visto con mucho gusto. ¿De qué nos servirá discurrir de este o del otro modo? Si ellos se empeñan en decir que no, habrá que dejarlos, pues no hemos de obligarlos para labrar su desdicha.

—Y mientras los dejamos, mi hija, como niña inexperta, puede arrebatarse y dejar que su corazón se interese por el primer desalmado que la haga objeto de especulación.

—Eso no es cuenta mía.

—Y lo mismo puede suceder a vuestro hijo.

—Procuraré evitarlo; pero sus desgracias no habéis de pagarlas vos.

Estas palabras eran demasiado terminantes.

El comendador estaba obligado a callar y aun a olvidarse de semejante asunto.

Creyó la condesa que se pondría término a la conversación, y quedó sorprendida al ver que el anciano dijo:

—Señora, tendréis la bondad de escucharme, y creo que después cambiaréis de opinión.

—Os hacéis ilusiones que han de desvanecerse.

—Lo veremos—dijo el anciano con firmeza.

—¿Acaso queréis obligarme a tratar de este asunto, que doy por concluído?

—Sí.

—¡Caballero!...

—No os conviene perder la calma.

—¡Esto es inconcebible!

—Debierais haber comprendido que no soy hombre que adopte una resolución para retroceder.

—¿Qué significa esto?—replicó la dama fijando una mirada severa en el anciano.

—Significa...

—¿Intentaréis apelar a la violencia?

—Escuchadme, señora, porque os conviene; os lo juro por mi honor.

No era posible esperar esto de un hombre de educación distinguida, de un perfecto caballero como el anciano.

La condesa se sintió aturdida.

La infeliz había hablado de violencias; pero no seriamente, sino con ironía, como se habla de lo absurdo, pues no parecía posible un acto violento por parte del comendador.

Mientras éste no había hecho más que manifestar sus deseos en cuanto al casamiento de su hija, su conducta no tenía nada de extraña; pero aquel día se presentaba exigiendo y como quien tiene derecho a imponer incondicionalmente su voluntad.

Momentos hubo en que la condesa creyó que el anciano había perdido la razón, pues no de otro modo era posible explicar su conducta. Si estaba loco, era lo más conveniente dejarlo hablar hasta que se fatigase, diciéndole a todo que sí.

Lo menos que sospechaba la condesa era la verdad, verdad demasiado horrible.

Sin producir un escándalo no podía hacer salir al comandador.

Las criaturas que han sufrido mucho saben dominarse, y ella, dando tregua a su enojo, sin escuchar la voz de su dignidad herida, dijo, después de algunos minutos y con perfecta calma:

—Os escucharé, caballero.

—Vuestro hijo os ama mucho.

—Es verdad.

—Su filial cariño raya en adoración.

—No exageráis.

—Tratándose de la dicha o del reposo de su madre, es capaz de hacer todos los sacrificios: lo mismo el de su existencia que el de sus sentimientos.

—¿Y qué deducís de todo eso, comendador ?

—Lo único que puede deducirse, y es que Leandro no tendrá valor para negaros nada.

—Todavía no os comprendo.

—Si le decís que importa a vuestra tranquilidad, a vuestra dicha, que se case con mi hija, se casará; y si resiste en los primeros momentos, le probaréis fácilmente que sus negativas harán caer sobre vos las más espantosas desgracias.

—¿Y cómo he de probarle lo que no es verdad ?

—Os lo diré, señora, puesto que ha llegado el caso de que hablemos con franqueza.

—¿Y he de hacer todo eso sin otra razón que la de que quedéis complacido ?

—Sólo por eso.

—Caballero, sois uno de mis mejores amigos; pero debéis comprender que para mí vale mucho más la dicha de mi hijo que la vuestra.

—Eso no se me oculta, ni soy tan necio que haya podido creer otra cosa.

—Entonces...

—Pero hay otra cosa que vale para vos más que mi capricho y mi conciencia, más que vuestra dicha y la de vuestro propio hijo.

—¿Habláis seriamente ?

—Sí.

—¿Y qué es lo que para una madre puede valer más que la dicha de su hijo ?

El anciano fijó una mirada penetrante en la condesa, y después de algunos minutos, dijo con severo tono:

—Señora, para una mujer como vos, más que la felicidad de sus hijos, más que todo, vale su honor.

Estas palabras, pronunciadas lentamente, fueron para la condesa como una montaña de plomo que la anonadase.

Le hablaban de su honor, lo cual significaba que podía ponerse en duda.

Lo que sintió la infeliz no puede hacerse comprender.

Tornóse lívido su rostro y se desfiguró.

Su mirada se fijó con extravío en el anciano.

Ambos guardaron silencio.

Latió violentamente el corazón de la pobre madre.

Quiso pedir explicaciones, y no se atrevió. Sin embargo, sus dudas la atormentaban horriblemente.

—Ahora—dijo el comendador—nos entenderemos fácilmente.

—¡Oh!...

—Sosegaos, señora, que un hombre como yo no puede olvidar sus deberes.

—¿Por qué habláis de mi honor?—replicó la condesa como si repentinamente recobrase la energía— Explicaos pronto, porque mi decoro lo exige así.

—Ya he principiado y concluiré; pero si os dejáis arrebatar...

—¿No comprendéis que me habéis hecho la más grave ofensa?

—Tal vez.

—Si alguien hubiera escuchado, habría creído que teníais medios de deshonrarme ante el mundo y que me amenazabais, poniéndome en la alternativa de elegir entre mi honor y la dicha de mi hijo. ¿No es esto una ofensa?

—Sí; pero me habéis obligado.

—Concluyamos, caballero, porque la paciencia me falta para sufrir tanto. Si es que habéis perdido la razón...

—Digna sois de lástima—interrumpió el comendador volviendo a sacar su caja de rapé.

—¡Me insultáis!—dijo la condesa con tono amenazador.

—No me parece un insulto el decir que conozco vuestra historia, vuestros secretos, o lo que es igual, vuestros amores y extravíos con don Juan de Monzón.

La infeliz madre se había puesto en pie con ánimo resuelto de hacer salir al comendador; pero la desdichada exhaló un grito y volvió a dejarse caer en el sillón, cubriéndose el rostro con las manos y quedando inmóvil.

—Continuaré—añadió el implacable anciano—, y luego decidiréis lo que mejor os parezca.

La pobre madre no hizo el más leve movimiento.

Estaba anonadada.

El golpe, sobre ser terrible, había sido inesperado, produciendo un efecto inexplicable.

Era conocido su secreto.

¿De qué le serviría negar?

No conseguiría más que agravar la situación, pues no era posible que el comendador hubiese hablado de semejante asunto sin tener pruebas irrecusables.

No, no estaba loco el comendador, sino que, desgraciadamente, cometía el más repugnante de los abusos.

Para comprender toda la gravedad de la situación no necesitaba la condesa más explicaciones.

El anciano, con una frialdad terrible, refirió detalladamente la historia del amor desdichado de la condesa.

Al fin, ella se descubrió el rostro, y haciendo el último esfuerzo, dijo con febril exaltación:

—¡Todo eso es una calumnia infame!

—¡Calumnia!—murmuró irónicamente el comendador.

—¡Las pruebas, caballero; las pruebas!

—No las tengo para un tribunal; pero sí para vuestro esposo, y sobradas para que el mundo se convenza.

—¡Imposible!

—Aun no lo he dicho todo.

—¡Más aún!

—¿Por qué don Juan Monzón otorgó testamento en favor del sacerdote a quien antes me he referido? Y el original de ese testamento existe en el archivo de una escribanía. ¿Y el niño que fue bautizado con el nombre de Querubín? ¿Y vuestra extraña conducta durante la ausencia de vuestro esposo? ¿Y las visitas nocturnas que os hizo don Juan de Monzón? Repito que esto no es suficiente para un tribunal, pero sí para el mundo. Y, además, hay criados que fueron vuestros confidentes, que conocen el secreto y están dispuestos a declarar; y si no fuese bastante tanta prueba indirecta...

—¡Callad, callad!

—En vano don Juan de Monzón ha buscado a vuestro hijo.

—No existe, y, por consiguiente...

—Os equivocáis, señora, porque yo no estaba enfermo como don Juan de Monzón, pude hacer averiguaciones a tiempo, y sé que vuestro hijo existe, conozco su suerte, lo encuentro cada día por las calles de Madrid...

—¡Ah!...

—Y si se lo presento a don Juan de Monzón no lo rechazará.

Los sentimientos maternales de la condesa dominaron su alma, y dejándose arrebatar, exclamó:

—¡Mi hijo, mi hijo! ¿Es verdad que vive?... ¡Ah! ¿No me engañáis?... ¿Dónde está? ¿Es un hombre honrado? ¿Es feliz? ¿No ha pensado nunca en buscar a su pobre madre?...

Un torrente de lágrimas se escapó de los ojos de la condesa.

—¡Compadecedme!—dijo con acento suplicante.

—Sí, os compadezco.

—Puesto que sabéis dónde está mi hijo...

—Si no recobráis la calma no podremos hablar.

La infeliz madre se oprimió el pecho y exhaló un penoso suspiro.

Luego enjugó su llanto y dijo con voz ahogada:

—Ya estoy tranquila.

—¿Tenéis mucho afán por conocer a ese hijo desgraciado?

—Por abrazarlo una sola vez daría mi existencia.

—No os pido tanto.

—¡Sois cruel, comendador!...

—Os devolveré al hijo de vuestra pasión y de vuestra deshonra, y os lo devolveré honrado hasta el punto que puede serlo una criatura cuya existancia es por sí sola un crimen.

—Sí; me lo devolveréis, porque no sois miserable hasta el punto de complaceros en destrozar el corazón de una infeliz mujer, de una madre desdichada.

—Pero en cambio, el otro hijo que tenéis...

—¡Ah!...

—Si estáis dispuesta a consumar todos los sacrificios para salvar vuestro honor de esposa y satisfacer vuestro corazón de madre...

—¡Dios mío!

—Elegid.

Otra vez vio la condesa la realidad en toda su horrible desnudez.

Entablóse la lucha entre el sentimiento de su honor y sus maternales sentimientos; y, por otra parte, éstos luchaban también, puesto que tenía que sacrificar el corazón de uno de sus hijos para recobrar el otro. Difícilmente se imaginaría una situación más horrible.

Para hacer feliz a Leandro tenía que sacrificar su honor y abandonar para siempre al otro hijo de su pasión fatal, exponiéndolo probablemente a que, perdido

en el mundo y desesperado por la miseria, cayese en el lodazal de todos los vicios, de los crímenes y la degradación.

Quizá aquel hijo abandonado tenía necesidad de protección, de guía; necesidad de una mano que lo separase del abismo.

¿No era posible que el joven corriese ciego a su perdición por efecto del abandono en que se encontraba?

Y la responsabilidad de todo esto sería de la madre. que no había querido hacer un sacrificio para salvarlo.

Cuando esto pensaba la condesa, decidía someterse a la voluntad del comendador; pero luego se preguntaba si ella tenía derecho a salvar al hijo de sus debilidades a costa de la desdicha de su hijo legítimo.

Si los sufrimientos hubieran de haber sido sólo para ella, no habría vacilado; pero, ¿cómo hacer responsable de sus faltas a quien era inocente y completamente ajeno a ellas?

No, no tenía la condesa derecho a sacrificar al noble Leandro, al hijo que tanto la amaba, aunque fuera con el noble fin de salvar a otro hijo.

¿Y aceptaría Leandro el sacrificio que quería imponérsele?

Era dudoso, por más que estuviese dispuesto a morir por su madre.

Esto era suficiente para que la condesa sufriese como no ha sufrido criatura alguna; y, sin embargo, había más aún, estaba también de por medio su honor.

Si no accedía a las exigencias del comendador, a más de dejar en el más triste abandono al hijo de su amor, se vería deshonrada, acusada y despreciada por el mundo, y terriblemente castigada por su esposo.

No había salvación posible sin el sacrificio de Leandro.

¡Pobre Leandro!

 Continuará en el número 6

cogió cuando era muy niño. Sólo sabe que sus padres son de elevada posición y que, recién nacido, le entregaron a una pobre mujer para que le criase.

Un día que Querubín y su protector se encontraban en casa de su sastre, el señor Policarpo, que habitaba en un portal de mísero aspecto, vieron salir de aquella casa a don Leandro de Sandoval. Intrigados, preguntaron al sastre; pero éste ocultó los motivos de la visita del noble a aquella casa.

Allí vivían también dos mujeres, madre e hija. Llegaron diecisiete años antes, sin que nadie supiese quiénes eran ni de dónde procedían. Vivían modestamente. La madre se llamaba Mariana, y la hija, Consuelo.

La madre sufría un ataque de parálisis, y la hija trabajaba penosamente para que no la faltase nada. El sastre, compadecido de ellas, les ayudaba en cuanto podía.

Don Leandro de Sandoval y Consuelo se amaban. Pero al enterarse ella de la elevada posición de don Leandro, se aterró. Ella ignoraba el nombre de su padre. Su nacimiento era un secreto: La madre, paralítica, no podía decirlo. Sólo pudo hacerles entender que el padre era noble.

Don Leandro juró esclarecerlo y obligar al padre a reconocer a la hija.

Entretanto, el comendador don Pedro, hombre ruin, proseguía en su intención de venganza contra el desconocido novio de su hija. Junto con su criado Andrés, malvado que le secundaba en todo, trazó planes para descubrir y castigar cruelmente al enamorado joven. En vista de que no podía averiguar quién era la doncella que protegía los amores de su hija, despidió a toda la servidumbre. Sólo quedó en la casa Juana, la doncella de confianza de María, porque Andrés estaba enamorado de ella y garantizó su fidelidad.

Don Pedro llamó a su hija para interrogarla. María le confesó su amor y se negó a decirle el nombre de su elegido.

Don Pedro marchó, hecho una furia, a casa de la condesa de Rocanegra.

COLECCIÓN ENIGMA

NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO

ENIGMA 1.ª serie

1	J. Ricardo	Rufinito	11	G. Lanoux	El corazón secuestrado
2	»	El hotel por sacrificio	12	»	Rodolfo en Paris
3	»	¡Por ella!	13	L. Rouge	El adalid del espacio
4	»	La estrella de esa mujer	14	»	El otro espacio
5	»	La venganza del Destino	15	Sotomayor	El capitán Lagardo de joven
6	»	El secreto de Mari-Rosa	16	»	Los amores de Fernando I y la Gitanilla
7	»	Gringo Bustal	17	»	La marquesa diabólica
8	Sotomayor	Las cosas vas	18	»	La Jacarilla
9	G. Lanoux	Bibi, mono I	19	»	El vitorioso de sacrifice
10	»	» » II	20	»	El hijo de Santos

PRECIO DE CADA TOMO EN RÚSTICA . . . . . 2,50 PESETAS